

El acercamiento de DPA a la obra de Livio Vacchini es fruto de una serie de circunstancias que parecen casuales pero, como todas las cosas importantes, se cumplen como un destino obligado. Un momento crucial de ese proceso fue la visita de Livio Vacchini a Barcelona a finales de Noviembre del 2006, para dictar una conferencia en la Escuela de Arquitectura (ETSAB).

El texto que sigue, Arquitectura, historia y rito es el núcleo de dicha conferencia. El breve texto titulado Construir y pensar corresponde a una segunda conferencia que Vacchini había preparado aunque no llegó a realizarse. Al final del número hemos incorporado otro texto con el título Aforismos sobre el hacer y el saber. Este conjunto de escritos muestra un pensamiento incisivo y genuino, característico de todo el quehacer intelectual de Livio Vacchini.

6



De joven, veía la historia de la arquitectura como la descripción de un tiempo pasado hecho de biografías, anécdotas, estilos, escuelas, monumentos. Mi interés, y el de mis compañeros no se dirigía a la historia sino a la generación de los grandes maestros que por aquel entonces estaban vivos y en activo. Sus obras nos hacían creer en una valerosa y definitiva ruptura con la tradición y, sobre todo, con lo que pensábamos que era el clasicismo. Yo, naturalmente, estaba de su parte: quería ser un hombre moderno.

Después, con el estudio y trabajo, mis opiniones cambiaron mucho. La historia de la arquitectura dejó de ser para mí un listado de monumentos a conservar para convertirse cada vez más en un instrumento de trabajo, en un conjunto consistente de problemas inmutables con los que, con total regularidad, deben confrontarse todos los arquitectos, desde la antigüedad hasta nuestros días. Es una historia de la arquitectura muy corta para un oficio que tiene cinco mil años de edad.

1

Plantearse la cuestión de ser más o menos moderno, me parece ahora una preocupación completamente absurda. ¿Cómo se puede no ser moderno? A medida que reflexionaba sobre lo que hacía, cada vez era más evidente que los problemas que cuentan, los que pueden obsesionarte durante toda la vida, son pocos. Y aún me sorprendía más el hecho de descubrir que eran los mismos para todos los arquitectos que me habían antecedido.

Los antiguos se hicieron amigos míos, hasta el punto de que llegué a creer que estaban vivos y que podía trabajar con ellos cotidianamente. La historia se me apareció entonces como una cadena de acontecimientos tendentes a la solución de ciertos problemas comunes y, de repente, me sentí como un intermediario deseoso de ofrecer mi modesta contribución a la solución de estos problemas.

Hubo primero una fase de imitación. No hubiera osado contradecir a los maestros. Pero pronto advertí que no pueden existir dos acciones idénticas, que cualquier acción que hagamos comporta un cierto grado de invención, y también me di cuenta de que nuestro trabajo nace de una operación crítica a partir de lo que ya existe y que la crítica más fértil es aquella en la que tenemos la valentía de cuestionar a las obras maestras.

Mis obras predilectas eran aquellas que, a pesar de la distancia, suscitaban en mí nuevas interpretaciones para los problemas de siempre. Con el paso del tiempo, las obras maestras que conocía parecían aumentar o reducir su propia luz en función de lo que yo descubría. La historia de la arquitectura para mí carecía de tiempo y cambiaba según lo que estuviera construyendo.

Si nuestro trabajo contribuye a encontrar la solución de ciertos problemas comunes de carácter permanente, entonces somos nosotros con nuestro trabajo los que hacemos la historia de la arquitectura. No sólo: las nuevas soluciones, los nuevos puntos de vista cambian la forma de los problemas y los resitúan creando otros, multiplicándolos. De este modo se perpetúa la tradición. Hoy estoy seguro de ello: la arquitectura es un rito.

(La traducción de los textos de Livio Vacchini ha sido realizada por Carlos Martí)

1. Vista interna del templo de Kefren, Egipto
2. Columnata del Partenón

